

—Callad, Pagolo—dijo Catalina con un acento de tristeza tan profundo, que penetró hasta el fondo del corazón de Cellini—; callad, yo sé bien que cuando una mujer ha cedido una vez, ya no tiene derecho á contradecirse; pero si el objeto de su debilidad es un hombre generoso y ella dice á ese hombre que obraba de buena fe, porque había perdido la razón, pero que se había equivocado, es deber de ese hombre, creedme, no abusar un punto más de ese momento de error. Yo os digo esto, Pagolo: he cedido á vos y, sin embargo, no os amo, amo á otro, amo á Cellini. Despreciadme; podéis y debéis hacerlo; pero callad, Pagolo, no me atormentéis más.

—¡Bueno, bueno!—dijo Pagolo—. Lo habéis arreglado maravillosamente; al cabo del tiempo que me hicisteis esperar este favor que me rehusais, ¿creéis que yo os libre de un compromiso que, en definitiva, vos habéis aceptado libremente? No. ¡Y cuando pienso que todo lo que hacéis lo hacéis por Benvenuto, por un hombre que cuenta doble edad que la vuestra y la mía, por un hombre que no os ama, por un hombre que os desprecia, por un hombre que os trata como á una cortesana!

—¡Atrás, Pagolo, atrás!—exclamó Scozzone con la frente enrojecida por la vergüenza, los celos y la cólera—. Benvenuto, es cierto, no me ama hoy, pero me ha amado antes y me estima siempre.

—Pues bien, ¿por qué no se ha casado con vos ya que os lo tiene prometido?

—¿Prometido? ¡Jamás! No; jamás Benvenuto me ha prometido que seré su mujer; porque si él lo hubiera prometido, lo cumpliría. Yo quise subir, conseguir eso, y en fuerza de deseárselo vino la esperanza; luego, una vez grabada en mi corazón esta esperanza, no pude contenerla, se manifestó al exterior. Yo me he vanagloriado de una esperanza como si hubiera sido una realidad. No, Pagolo, no—continuó Catalina dejando caer su mano entre las del aprendiz y sonriendo tristemente—. No; Benvenuto jamás me ha prometido nada.

—Pues bien; ¡ved cuán ingrata sois, Scozzone! exclamó Pagolo, estrechando la mano de la joven y tomando por una vuelta á su amor lo que no era más que una señal de abatimiento—. Ved á mí, que os prometo; á mí, que os ofrezco todo eso que Benvenuto, según vos misma confesáis, jamás os ha prometido ni jamás os ha ofrecido; á mí que os estoy consagrado por completo, y á mí que os amo, me respondeis así, mientras que á él que os hace traición, seguro estoy de que si se hallara aquí presente, le repetiríais esa confesión que tanto sentís haberme hecho á mí, que os amo.

—¡Oh! Si él estuviera aquí—exclamó Scozzone, —si él estuviera aquí, Pagolo, recordaríais que lo habéis hecho traición por odio, mientras que yo le he sido traidora por amor; y os meteríais bajo tierra.

—¿Y por qué?—dijo Pagolo, á quien la distancia á que creía hallarse de Benvenuto tran-

quilizaba—. ¿Por qué? decidlo. ¿No tiene todo hombre el derecho de hacerse amar de una mujer, cuando esta mujer no pertenece á otro? Si él estuviera aquí, yo le diría: «habéis abandonado, engañado á Catalina, esta pobre Catalina que tanto os ama. Ha estado al borde de la desesperación, luego ha encontrado en su camino un mancebo bueno y valiente que la aprecia en cuanto vale, que la ama, que la ha prometido lo que vos jamás la habéis querido prometer, es decir, tomarla por esposa. Ahora, al que ha heredado vuestros derechos es á quien pertenece esta mujer. Pues bien, veamos, Catalina, ¿qué respondería tu Cellini?»

—Nada—dijo una voz ruda y varonil á espaldas del entusiasta Pagolo—, absolutamente nada. Y una mano vigorosa, cayéndole al mismo tiempo sobre su hombro, interrumpió de repente su elocuencia y le arrojó de espaldas al suelo, tan pálido y tembloroso como temerario se mostrara un momento antes.

El cuadro era singular: Pagolo, de rodillas, inclinado, descolorido y azorado; Scozzone medio levantada sobre los brazos de su sillón, inmóvil, muda y semejante á la estatua del asombro; por último, Benvenuto, de pie, con los brazos cruzados, una espada envainada en una mano y otra desnuda en la otra, medio irónico y medio amenazador.

Hubo un instante de silencio terrible; Pagolo y Scozzone permanecían ambos sobrecogidos ante el fruncido ceño del maestro.

—¡Traición!—murmuró Pagolo humillado—. ¡Traición!

—¡Sí, traición, por tu parte, miserable!—respondió Cellini.

—Vedle—dijo Scozzone—. ¿No le invocábais, Pagolo? Hele aquí.

—Sí; hele aquí—dijo el aprendiz avergonzado de verse tratado así delante de la mujer á quien quería agradar—. Pero él está armado y yo no.

—Yo te traigo una espada—dijo Cellini retrocediendo un paso y dejando caer el arma que tenía en la mano izquierda, á los pies de Pagolo. Pagolo miró la espada, sin hacer ningún movimiento.

—¡Vamos!—dijo Cellini—, recoge esa espada y levántate. Te estoy esperando.

—¿Un duelo?—murmuró el aprendiz, cuyos dientes castañeteaban de terror—. ¿Tengo yo vuestra fuerza para batirme con vos en duelo?

—¡Pues bien!—dijo Cellini pasando su arma de un brazo á otro—, me batiré con la mano izquierda, y se restablecerá el equilibrio.

—¡Batirme contra vos, mi bienhechor! ¡Contra vos, á quien todo lo debo! ¡Jamás, jamás!—exclamó Pagolo.

Una sonrisa de profundo desprecio se dibujó en las facciones de Benvenuto, mientras que Scozzone se alejaba sin pretender ocultar la expresión de disgusto que aparecía en su rostro.

—Debiste recordar mis beneficios antes de robarme la mujer que yo había confiado á tu honor y al de Ascanio—dijo Benvenuto—. Re-

cobras la memoria demasiado tarde. ¡En guardia, Pagolo, en guardia!

—¡No, no!—murmuró el cobarde, retrocediendo de rodillas.

—Entonces, ya que te niegas á batirme como un valiente—dijo Benvenuto—, te voy á castigar como á un culpable.

Envainó su espada, requirió el puñal y sin que su rostro impasible se alterase con ninguna expresión de cólera ó de piedad, avanzó con paso lento pero decidido hacia el aprendiz.

Scozzone se precipitó entre ellos gritando; pero Benvenuto, sin violencia, con un solo gesto, un gesto irresistible como lo sería el de una estatua de bronce que extendiera los brazos, alejó á la pobre niña, que cayó medio muerta en el sillón. Benvenuto continuó su camino hacia Pagolo, que retrocedió hasta la pared. Entonces el maestro añadió, apoyándole el puñal en la garganta:

—Encomienda tu alma á Dios; tienes cinco minutos de vida.

—¡Perdón!—exclamó Pagolo con voz ahogada. —¡No me matéis! ¡Perdón! ¡Perdón!

—¡Ah!—dijo Cellini—. ¡Es decir, que me conoces, y conociéndome has seducido á la mujer que era mía! Lo sé todo, todo lo he descubierto; ¡y aún esperas que te perdone! ¡Es cosa de risa, Pagolo, es cosa de risa!

Y Benvenuto rompió á reír al pronunciar esas palabras; pero con una risa estridente, terrible, que hizo estremecer al aprendiz hasta la médula de los huesos.

—¡Maestro! ¡Maestro!—exclamó Pagolo, sintiendo la punta del puñal que empezaba á pincharle la garganta—. ¡No soy yo, es ella; sí, ella es la que me ha impulsado!

—¡Traición, cobardía y calumnia! Haré un día un grupo de estos tres monstruos—dijo Benvenuto—y será odioso de ver. ¡Es ella quien te ha impulsado, miserable! ¡Olvidas que he estado ahí, que lo he oído todo!

—¡Oh, Benvenuto!—dijo Catalina juntando sus manos en actitud de súplica—. ¿Verdad que sabéis que miente al decir eso?

—Sí—contestó Cellini—, sé que miente al decir eso, como mentía al asegurar que estaba dispuesto á casarse contigo; pero pierde cuidado; va á recibir el castigo que merece por embustero.

—Sí, castigadme—intervino Pagolo—, pero misericordiosamente; castigadme, pero no me matéis.

—¿Mentías al decir que ella te ha impulsado?

—Sí, mentí, sí; yo soy el culpable. La amo como un loco, y vos sabéis, maestro, á qué locuras puede conducir el amor.

—¿Mentías al decir que estabas dispuesto á casarte con ella?

—No, no, maestro, esa vez no he mentado.

—¿Amas, pues, sinceramente á Scozzone?

—¡Oh! Sí, la amo—replicó Pagolo, que comprendió que el único medio de parecer menos culpable á los ojos de Cellini, era atribuir su crimen á la violencia de su pasión—; sí, la amo.

—¿Repites que no has mentado cuando prometiste casarte con ella?

—No he mentado, maestro.

—¿La hubieras hecho tu mujer?

—Si no hubiese sido vuestra, sí.

—Pues bien, entonces, tómalas, yo te la doy.

—¿Qué decís? Os burláis, ¿no es eso?

—No; jamás he hablado más seriamente; mírame, si lo dudas.

Pagolo dirigió á hurtadillas una mirada á Cellini; vió en cada una de sus facciones que de un momento á otro el juez podía ceder su puesto al verdugo, y bajó la cabeza gimiendo.

—Quita ese anillo de tu dedo, Pagolo—dijo Cellini—, y pónselo en un dedo á Catalina.

Pagolo obedeció pasivamente la primera parte de la indicación hecha por el maestro; Benvenuto hizo á Scozzone señal de que se aproximara. Scozzone se acercó.

—Tiende la mano, Scozzone—ordenó Benvenuto, Scozzone obedeció.

—Acaba—dijo Cellini.

Pagolo puso el anillo en un dedo de Scozzone.



—Firma, Pagolo, firma—dijo Cellini.

—Ahora—dijo Benvenuto—, terminados los espasmos, pasemos al matrimonio.

—¡Al matrimonio!—murmuró Pagolo—, así no se casa nadie; son necesarios dos notarios y un sacerdote.

—Es necesario un contrato—replicó Benvenuto sacando el que había hecho extender—. He aquí uno preparado y en el cual sólo falta escribir los nombres.

Puso el contrato en una mesa, cogió una pluma y se la presentó á Pagolo:

—Firma, Pagolo, firma—dijo.

—¡Ah! ¡He caído en un lazo!—murmuró el aprendiz.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir un lazo?—replicó Benvenuto sin alterar el diapason de su voz, pero dándole un acento terrible—. ¿Dónde está el lazo? ¿Es que yo te he obligado á venir á la habitación de Scozzone? ¿Te he aconsejado yo que la digas que quieres casarte con ella? ¡Pues bien! Hazla tu mujer, Pagolo, y cuando seas su marido, se cambiarán los papeles: si yo voy á su casa tú serás quien amenace y yo quien tema.

—¡Oh!—exclamó Catalina pasando del terror extremado á una alegría loca y riéndose á carcajadas á la sola idea que el maestro acababa de despertar en su cerebro—. ¡Oh! ¡Tiene gracia!

Pagolo, un poco repuesto de su terror por el giro que había tomado la amenaza de Cellini y por las explosiones de risa de Scozzone, empezó á ver un poco más tranquilamente las cosas. Entonces resultó evidente para él que se le había querido obligar por miedo á un casamiento en el que no estaba muy interesado; le pareció que esto sería terminar demasiado trágicamente la comedia, y empezó á creer que con un poco de energía pudiera sacar quizás mejor partido.

—Sí—murmuró traduciendo en palabras la alegría de Scozzone—. Sí, convengo y quedaré muy conforme; pero, por desgracia, eso no será.

—¡Cómo! ¿Que eso no será?—exclamó Benvenuto tan asombrado como lo quedaría un león al ver revolverse un ciervo contra él.

—No, eso no será—repitió Pagolo—. Mejor quiero morir; ¡matadme!

Apenas había pronunciado esas palabras, se puso Cellini á su lado de un salto. Pagolo vió brillar el puñal, se desvió al punto, y esto con tanta rapidez y buen acierto, que el golpe que le iba dirigido le rozó solamente la espalda, y el hierro, guiado por la mano vigorosa del orfebre, se hundió dos pulgadas en la ensambladura.

—Consiento—dijo Pagolo—. ¡Perdón! Cellini, consiento. Estoy dispuesto á todo—y mientras el maestro arrancaba con trabajo el puñal, que después de atravesar la ensambladura había penetrado en la pared, corrió á la mesa donde estaba preparado el contrato, cogió vivamente la pluma y firmó. Aquella escena se desarrolló de un modo tan rápido, que Scozzone no tuvo tiempo de intervenir en ella.

—Gracias, Pagolo—dijo enjugando las lágrimas que el pavor había puesto en sus ojos y reprimiendo al mismo tiempo una ligera sonrisa—. Gracias, mi querido Pagolo, por el honor que consentís en hacerme; pero como será bien para todos que nos expliquemos ahora, escuchadme: Vos no me queríais antes, y ahora soy yo quien no os quiere. No digo esto para mortificaros, Pagolo, pero no os amo y deseo permanecer como estoy.

—Entonces—dijo Benvenuto con la mayor sangre fría—, si tú no le quieres, Scozzone, va á morir.

—Pero—exclamó Catalina—, ¿por qué, si soy yo quien rehusa?

—¡Va á morir—replicó Benvenuto—. No se dirá que un hombre me ha ultrajado y que ese hombre queda impune. ¿Estás dispuesto, Pagolo?

—Catalina—dijo el aprendiz—. ¡Catalina, en nombre del cielo, tened piedad de mí! Catalina, ¡yo os amo! ¡Catalina, yo siempre os amaré! Catalina, ¡firmad! Catalina, ¡sed mi mujer, os lo suplico de rodillas!

—Vamos, Scozzone, decidete pronto—ordenó Cellini.

—¡Oh!—dijo enfurruñándose Catalina—. Para mí, maestro, para mí que tanto os he amado, para mí, á quien inspirásteis otros ensueños, en fin, ¿no sois demasiado severo, decid? Pero ¡Dios mío!—continuó vivamente la locuela pasando otra vez de la tristeza á la risa—. Ved, Cellini, qué cara tan lastimosa pone el pobre Pagolo. ¡Oh! Dejad ese tono lúgubre, Pagolo, ó jamás consentiré en tomaros por marido. ¡Verdaderamente sois demasiado gracioso!

—Salvadme ahora, Catalina—dijo Pagolo—. Más tarde nos reiremos si queréis.

—Pues bien, pobre mozo, ya que lo queréis absolutamente...

—¡Sí, lo quiero!—exclamó Pagolo.

—¿Sabéis lo que he sido y lo que soy?

—Sí, lo sé.

—¿Os he engañado?

—No.

—¿No sentís ningún remordimiento?

—¡No! ¡No!

—Venga esa mano, pues. Esto es muy extraordinario, y yo no lo esperaba; pero no importa, soy vuestra mujer.

Tomó la pluma y firmó á su vez, como mujer respetuosa, debajo de la firma de su marido.

—Gracias, Catalinita, gracias—exclamó Pagolo—. Tú verás qué feliz te hago.

—Y si faltá á ese juramento—dijo Benvenuto—, donde quiera que yo esté escribeme, Scozzone, y vendré en persona á recordárselo.

Al decir eso, Cellini envainó lentamente su puñal con los ojos fijos en el aprendiz; luego, cogiendo el contrato autorizado por las dos firmas, le dobló en cuatro partes, se lo guardó en el bolsillo y, dirigiéndose á Pagolo con aquella ironía potente que le caracterizaba, dijo:

—Ahora, amigo Pagolo, aunque Scozzone y vos estéis debidamente casados, según los hombres, no lo estáis aún delante de Dios, y mañana la iglesia santificará vuestra unión. Hasta entonces, vuestra presencia aquí será contraria á todas las leyes divinas y humanas. Buenas noches, Pagolo.

Pagolo quedóse pálido como un muerto, pero como Benvenuto con un gesto imperativo le señaló la puerta, se alejó retrocediendo.

—No hay otro como vos, Cellini, para tener estas ideas—exclamó Catalina riéndose como una loca—. Escuchad, sin embargo, mi pobre Pagolo—añadió en el momento en que él abría la puerta—. Os dejo salir porque es justo; pero estad tranquilo, Pagolo, yo os juro por la Santa Virgen que desde que seais mi esposo, ningún hombre, aunque fuera el mismo Benvenuto, encontrará en mí más que una esposa digna.

Luego, cuando se cerró la puerta, dijo alegremente:

—¡Oh, Cellini! Me das un marido, pero me libras hoy de su presencia. Eso voy ganando: me debías esta reparación.

XL

REPRODUCCIÓN DE LAS HOSTILIDADES

Tres días después de la escena que acabamos de referir, se preparaba en el Louvre otra de distinto género.

Era lunes, día señalado para la firma del contrato. Dieron las once de la mañana. Benvenuto salió del palacio de Nesle, marchó derecho al Louvre, y con el corazón turbado pero firme el paso, subió por la escalera principal.

En la sala de espera, donde se le introdujo en seguida, encontró al preboste y á Orbec, que conferenciaban con su notario en un rincón. Colomba, blanca é inmóvil como una estatua, estaba sentada al otro lado sin ver nada. Evidentemente se habían alejado de ella para que nada oyese, y la pobre niña, con la cabeza baja y los ojos atónitos, permanecía donde se había sentado.

Cellini pasó á su lado y dijo estas palabras:

—¡Animo! ¡Aquí estoy!

Colomba reconoció la voz y levantó la cabeza dando un grito de alegría. Pero antes de que tuviera tiempo para interrogar á su protector, éste había pasado ya á la sala contigua.

Un ujier levantó ante el orfebre una colgadura, y Benvenuto pasó al gabinete del rey.

Nada menos que aquellas palabras de esperanza fueron necesarias para reanimar el valor de Colomba; la pobre niña se creía abandonada, y por lo tanto perdida. Roberto de Estourville la había conducido allí medio muerta; á pesar de su fe en Dios y en Benvenuto, al emprender la marcha, tan desesperanzado estaba su corazón que, olvidando todo orgullo, había suplicado á la duquesa de Etampes que la dejara entrar en un convento, comprometiéndose á renunciar á Ascanio, con tal de que le perdonara el conde de Orbec. La duquesa no quería conformarse con la mitad de su victoria; necesitaba, para conseguir su objeto, que Ascanio creyese en la infidelidad de su adorada, y Ana había rechazado duramente las suplicas de la pobre Colomba. Cuando se hubo levantado, recordó que Benvenuto le había dicho que permaneciera fuerte y tranquila, aun al pie del altar, y con un valor alterado, sin embargo, por repentinos desfallecimientos, se dejó conducir al Louvre, donde el rey debía firmar, al medio día, su contrato de boda.

Allí, otra vez, sus fuerzas de un instante habían desaparecido, porque no le quedaban más que tres probabilidades: ver llegar á Benvenuto, ablandar con sus ruegos el corazón de Francisco I, ó morir de dolor.

Benvenuto había llegado, Benvenuto la había dicho que tuviera esperanza, y Colomba había recobrado todo su valor.

Cellini, al entrar en el gabinete del rey, solo encontró á la duquesa de Etampes; aquello era lo que él quería; si ella no estuviese allí en

aquel momento, él hubiera solicitado el favor de verla.

La duquesa estaba inquieta por su victoria, y sin embargo, como aquella carta fatal había sido quemada y quemada por ella misma, estaba bien convencida de que nada más tenía que temer; pero aun segura de su poder, examinaba con miedo los peligros de su amor. La duquesa era así: cuando se calmaban los cuidados de su ambición, la devoraban los ardores de su alma. Dominada por el orgullo y la pasión, su sueño había sido engrandecer á Ascanio y hacerle dichoso; pero Ascanio, la duquesa lo sabía, aunque de origen noble (porque los Gaddi, de quienes descendía, eran antiguos patricios de Florencia), no aspiraba á otra gloria que la del arte.

Si pensando en la realización de sus esperanzas imaginaba alguna figura bella de vaso, de jarrón ó de estatua; si ambicionaba diamantes y perlas, esas riquezas de la tierra, era para hacer, engarzándolas en oro, flores más hermosas que aquellas que el cielo fecunda con su rocío; los títulos, los honores, no eran nada si no los debía á su propio talento, si no coronaban su reputación personal; ¿qué haría en la vida activa y agitada de la duquesa aquel inútil soñador? A la primera borrasca, aquella planta delicada quedaría tronchada con las flores que llevara y los frutos que prometiera. Quizás por descorazonamiento, quizás por indiferencia, se dejaría arrastrar por los proyectos de su real manceba; pero, sombra pálida y melancólica, no viviría más que para sus recuerdos. Ascanio, en fin, se presentaba á la duquesa de Etampes tal como era, naturaleza exquisita y encantadora, pero á condición de permanecer siempre en una atmósfera pura y encalmada: era un niño adorable, que jamás llegaría á ser hombre. Podía consagrarse á los sentimientos, nunca á las ideas; nacido para el dulce esparcimiento de una mutua ternura, sucumbiría al choque terrible de los sucesos y de las luchas. Era el hombre que necesitaba el amor de la duquesa de Etampes, pero no era el que necesitaba su ambición.

Tales eran las reflexiones de la duquesa cuando entró Benvenuto; las nubes de su pensamiento obscurecían su frente flotando á su alrededor.

Ambos enemigos se midieron con una mirada; una misma sonrisa irónica apareció en sus labios al mismo tiempo; cambiaron un vistazo semejante, el cual les indicó que ambos estaban apercibidos para la lucha, y que ésta sería terrible.

—Enhorabuena—pensó Ana—, he aquí un animoso luchador que quiere vencerme; un adversario digno de mí. Pero hoy, en verdad, tiene demasiadas probabilidades en contra suya y mi gloria no será mayor si le venzo.

—Decididamente, señora duquesa—pensaba Benvenuto—, sois una mujer fuerte y más de un combate con hombres me ha dado menos trabajo que el que he emprendido con vos. Pero, estad tranquila; aún combatiéndoos con armas corteses, yo os combatiré con mis propias armas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual

cada uno de los dos adversarios hizo aparte el corto monólogo que acabamos de reproducir. La duquesa fué quien habló primero.

—Sois exacto, maestro Cellini—dijo—. S. M. debe firmar el contrato del conde de Orbec al medio día. Y no son más que las once y cuarto. Permitted que disculpe á S. M.; no es él quien se retrasa, sois vos el que se adelanta.

—Me felicito, señora, por haber llegado demasiado pronto, ya que esta impaciencia me proporciona el honor de una entrevista con vos á solas, honra que hubiese solicitado con insistencia si la casualidad, á la que doy gracias por ello, no se anticipara á mis deseos.

—¡Hola, Benvenuto!—dijo la duquesa—. ¿Parece que los contratiempos os han hecho adular?

—¿Los míos? No, señora; los de otro, sí. Yo siempre tuve la virtud especial de ser cortesano de la desgracia; y está es la prueba, señora.

Al hablar así, Cellini sacó de debajo de su capa el lirio de oro de Ascanio, que él había concluido en solo una mañana. La duquesa dejó escapar un grito de sorpresa y de alegría. Nunca habían visto sus ojos alhaja tan maravillosa; ninguna de las flores que se encuentran en los jardines encantados de «Las mil y una noches» había cegado á los ojos de un genio ó de una hada con semejante esplendor.

—¡Ah!—exclamó la duquesa tendiendo la mano hacia la flor—. Me la habíais prometido, Benvenuto, y confieso que no contaba con ella.

—¿Y por qué no confiáis en mi palabra?—dijo Cellini riendo—. Me ofendéis, señora.

—¡Oh! Si vuestra palabra me hubiese prometido una venganza en vez de una galantería, yo hubiese estado segura de vuestra exactitud.

—¿Y quién os dice que no sea lo uno y lo otro?—replicó Benvenuto retirando su mano, de manera que el lirio estuviese bien defendido.

—No os comprendo—dijo la duquesa.

—¿Veis qué buen efecto hacen montadas como gotas de rocío—dijo Benvenuto mostrando á la duquesa el diamante que titilaba en el fondo del cáliz de la flor, y que recordaba la munificencia corruptora de Carlos V—, las arras de cierto contrato que debía anexionar el ducado de Milán á Francia?

—Habláis en enigmas, mi querido orfebre; por desgracia, el rey va á venir, y no tengo tiempo de adivinarlos.

—Entonces voy á deciros el significado; es un proverbio antiguo: «Verba volant, scripta manent», lo que quiere decir: «Lo escrito, escrito está.»

—Pues bien, en eso os habéis equivocado, mi querido orfebre, porque ese escrito está quemado; no creáis, pues, intimidarme como á una niña, y dadme ese lirio, que me pertenece.

—Un instante, señora; ante todo, debo advertiros que, si es talismán en mis manos, perderá toda su virtud en las vuestras. Mi trabajo es aún más precioso de lo que pensáis. Aquí donde la gente no ve más que una alhaja, nosotros, los artistas, ocultamos á veces una idea. ¿Queréis

que os explique esta idea, señora?... Oid; nada más fácil: basta apretar este resorte invisible. El tallo, como veis, se entreabre, y en el fondo del cáliz se encuentra, no un gusano roedor como en ciertas flores naturales y en ciertos corazones falsos, pero algo semejante, quizá peor: el deshonor de la duquesa de Etampes escrito de su propia mano y firmado por ella.

Diciendo esto, Benvenuto había apretado el resorte, abierto el tallo y sacado la carta de la brillante corola. La desdobló lentamente y se la enseñó abierta del todo á la duquesa, que se quedó pálida de cólera y muda de espanto.

—¿No esperábais esto, verdad, señora?—añadió Benvenuto con sangre fría, volviendo á plegar la carta y colocándola otra vez en el lirio. Si conociérais mis costumbres, señora, os sorprenderíais menos; hace un año, escondí una escalera en una estatua; hoy ¿qué podía meter en una flor? Un papel á lo más, y aquí lo tenéis.

—¡Pero esa carta—exclamó la duquesa—, esa carta infame, la he quemado yo con mis propias manos; yo he visto la llama y he palpado las cenizas!

—¿Leísteis la carta que habéis quemado?

—¡No! ¡No! ¡Insensata de mí, que no la he leído!

—Es lástima, porque ahora os convenceríais de que «la carta de una planchadora puede hacer tanta llama y tantas cenizas como la de una duquesa».

—¡Me ha engañado ese infame de Ascanio!

—¡Oh, señora, callad! No supongáis que ese casto y puro niño, á quien, por lo demás, estáis engañando, haya empleado contra vos otras armas que las empleadas por vos contra él. ¡Oh, no! ¡No! El no os ha engañado; no rescatará su vida, ni la de Colomba, con un engaño. No, él también ha sido engañado.

—¿Y por quién? Decidme.

—Por un mozo, por un curial, por el que hirió á vuestro confidente el vizconde de Marmagne, por un tal Santiago Aubry, en fin, de quien el vizconde de Marmagne ha debido hablaros.

—Sí—murmuró la duquesa—, sí, Marmagne me ha dicho que ese Santiago Aubry, quería llegar hasta Ascanio para que le entregara esa carta.

—Entonces fué cuando vos descendísteis á ver á Ascanio; pero los curiales son listos, como sabéis, y el nuestro había tomado ya la delantera. Mientras salíais vos del palacio de Etampes, él se introducía en el calabozo de su amigo y á la vez que vos entrábais, él salía.

—¡No le vi, no vi á nadie!

—Es conveniente mirarlo todo; si vos hubiérais pensado en eso, hubiésteis levantado una estera que había allí, y debajo de aquella estera hubiérais visto un agujero que comunicaba con el calabozo vecino.

—¿Pero Ascanio, Ascanio?...

—Cuando entrásteis, él dormía, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues bien, durante su sueño, Aubry, á quien

él había rehusado darle esta carta, la cogió del bolsillo de su ropa, colocando otra en su lugar. Engañada por el sobre, vos creísteis quemar una misiva de la duquesa de Etampes. Y sólo quemásteis una epístola de la señorita Gervasia Perrette Popinot.

—Pero ese Aubry que ha herido á Marmagne, ese palurdo que ha asesinado á un caballero, pagará cara su insolencia; está preso y condenado.

—Está libre, y á vos os debe, sobre todo, señora, la libertad.

—¿Cómo?

—Es el pobre preso para quien pedísteis, al mismo tiempo que yo, el perdón del rey Francisco I.

—¡Oh, insensata de mí!—murmuró la duquesa de Etampes mordiendo los labios. Luego, después de haber mirado fijamente á Benvenuto, continuó con voz anhelante:—¿Y con qué condición me devolveréis esa carta?

—Creo que lo advináis, señora.

—Soy mala adivinadora. Decid.

—Pediréis al rey la mano de Colomba para Ascanio.

—Vamos—replicó Ana riéndose con forzado reír, —conocéis mal á la duquesa de Etampes, señor orfebre, si creéis que mi amor retrocederá ante una amenaza.

—No habéis reflexionado antes de contestarme, señora.

—Sin embargo, mantengo mi respuesta.

—Permitted que me sienta, sin ceremonias, señora, y hable un momento con vos francamente—dijo Benvenuto con esa familiaridad sublime propia de los hombres superiores—. Yo no soy más que un modesto escultor, y vos sois una gran duquesa, pero perdonad si os digo que á pesar de la distancia que nos separa, estamos hechos para entendernos el uno con el otro. No adoptéis actitudes de reina, será inútil; mi intención no es ofenderos, sino aconsejaros, y vuestro orgullo no es oportuno en estos instantes.

—Cierto que sois un hombre singular—dijo Ana riendo á su pesar—. Vamos, hablad, que os escucho.

—Os decía, pues, señora duquesa—replicó fríamente Benvenuto—, que á despecho de la diferencia de nuestras fortunas, nuestras posiciones son poco más ó menos iguales y que podemos entendernos y aún quizás servirnos mutuamente. Os asombrásteis cuando os propuse que renunciárais á Ascanio; lo juzgábais imposible, y sin embargo, yo os había dado ejemplo.

—¿Cómo ejemplo?...

—Sí; como vos amáis á Ascanio, yo amaba á Colomba.

—¿Vos?

—Yo. La amaba como no había amado más que una vez. Hubiese dado por ella mi sangre, mi vida, mi alma, y eso no obstante, se la he dado á Ascanio.

—He ahí una pasión bien desinteresada—dijo la duquesa con ironía.

—¡Oh! No hagáis de mi dolor materia de burlas,

señora; no os moféis de mis angustias. He sufrido mucho; pero, ya lo veis, he comprendido que esa niña no había sido creada para mí, como Ascanio no lo fué para vos. Escuchadme atenta, señora: somos uno y otro, si esta conjunción no os ofende demasiado, dos naturalezas excepcionales y extrañas que tienen existencia aparte, sentimientos aparte y rara vez encuentran ocasión de congeniar con los otros. Servimos los dos, señora, á un ídolo soberano y monstruoso cuyo culto nos ha engrandecido el corazón, colocándonos más altos que la humanidad. Para vos, señora, la ambición lo es todo; para mí, el arte. Nuestras divinidades son celosas y donde quiera que nos hallamos; nos dominan siempre y en todas partes. Vos habéis deseado á Ascanio como una corona; yo á Colomba como á una Galatea. Vos habéis amado como duquesa; yo como artista; vos habéis perseguido, yo he sufrido. ¡Oh! No creáis que os calumnio en mi pensamiento; admiro vuestra energía y simpático con vuestra audacia. Que piense el vulgo lo que quiera: es grande, desde vuestro punto de vista, revolver el mundo para hacer sitio á aquel á quien se ama. Reconozco en eso una pasión magistral y fuerte y estoy por los caracteres enteros capaces de esos crímenes heroicos; pero estoy también por los caracteres sobrehumanos, porque todo lo que se escapa á nuestra previsión, todo lo que se sale de lo ordinario, me tienta. Además, aun amando á Colomba consideré, señora, que mi natural altanero y salvaje, se avendría mal con aquella alma angélica y pura. Colomba amaba á Ascanio, mi gracioso é inofensivo discípulo; mi alma ruda y potente la infundiría miedo. Entonces ordené á mi amor, con voz alta é imperiosa, que se callara, y como resistía, he apelado á mis recursos del divino arte y entre los dos hemos sujetado á este amor rebelde, clavándolo en el suelo. Luego la escultura, mi verdadera, mi sola, mi única favorita, puso sobre mi frente sus labios de fuego y me sentí consolado. Haced como yo, señora duquesa, dejad á esos niños con sus amores de ángeles y no turbéis la calma de su cielo. Nuestro dominio está en la tierra, en sus dolores, sus combates y sus embriagueces. Buscad en la ambición un refugio contra el sufrimiento; derribad imperios para distraeros; jugad con los reyes y los dueños del mundo para calmaros. Eso estará bien hecho y yo os aplaudiré y aprobaré. Pero no destruyáis la paz y la alegría de esos pobres inocentes que se aman con tan delicado amor, amparados por Dios y la Virgen María.

—En verdad, maestro Benvenuto Cellini, que no os conozco—dijo la duquesa asombrada—. ¿Quién sois, pues?...

—Un hombre superior, un verdadero dios. Como vos sois una mujer extraordinaria—respondió riendo el artista con aquella ingenuidad acostumbrada en él—, y si no me conocéis, ved la gran ventaja que os llevo: yo os conozco, señora.

—Puede ser—dijo la duquesa—, y sé que las mujeres superiores aman mejor y más firmemente

que los hombres superiores, porque ellas hacen alarde de abnegaciones sobrehumanas y defienden á sus amantes con uñas y dientes hasta el último momento.

—¿Persistís en negar Ascanio á Colomba?

—Persisto en quererlo para mí.

—Sea. Ya que no queréis ceder de buen grado, tened cuidado. Tengo el puño muy sólido y puedo hacerlos gritar un poco en la reyerta. Habéis reflexionado suficientemente, ¿no es eso? ¿Decididamente, negáis vuestro consentimiento á la unión de Ascanio y Colomba?

—Decididamente—replicó la duquesa.

—Está bien; ¡á nuestros puestos!—exclamó Benvenuto—, porque va á empezar la batalla. En aquel momento se abrió la puerta y un ujier anunció al rey.

XLI

MATRIMONIO POR AMOR

En efecto, apareció Francisco I, dando la mano á Diana de Poitiers, con la cual salía de ver á su hijo enfermo. Diana, por no sabemos qué instinto de odio, había presentado vagamente que



Apareció Francisco I, dando la mano á Diana de Poitiers.

amenazaba á su rival una humillación, y no quiso faltar á espectáculo tan agradable.

En cuanto al rey, no sospechaba nada, no veía nada, no suponía nada; creía perfectamente reconciliados á la duquesa de Etampes y á Benvenuto, y como al entrar los vió juntos y cerca uno del otro, saludó á los dos á la vez con la misma sonrisa y la misma inclinación de cabeza.

—Buenos días, reina de la hermosura; buenos días, rey del arte; ¿de qué tratábais aquí juntos? Tenéis los dos el aspecto muy animado.

—¡Oh, Dios mío! Señor, hablábamos de política—dijo Benvenuto.

—¿Y en qué asunto ocupábais vuestra sagacidad? Os ruego que me lo digáis.

—En el asunto en que al presente se ocupa todo el mundo, señor—contestó el orfebre.

—¡Ah! El ducado de Milán.

—Sí, señor.

—¿Y qué decíais?

—Somos de diferentes opiniones, señor: uno decía que el emperador puede negaros el ducado de Milán y dárselo á vuestro hijo Carlos, cumpliendo así su promesa.

—¿Quién de vosotros decía eso?

—Creo que era la duquesa de Etampes.

La duquesa tornóse pálida como la muerte.

—¡Si eso hiciera el emperador, cometería una traición infame!—dijo Francisco I—. Pero no lo hará.

—En todo caso, si no lo hace—dijo Diana mezclándose á su vez en la conversación—, no será, según se asegura, por falta de consejos.

—¿Y de quién?—exclamó Francisco I—. ¡Vientre de Mahoma! Quisiera saber de quién.

—¡Dios mío! No os irritéis así, señor—respondió Benvenuto—. Decíamos eso, como diríamos otra cosa, haciendo simples conjeturas en el aire, sostenidas por nosotros en forma de conversación; la señora duquesa y yo somos unos desdichados políticos, señor; la señora duquesa, porque no tiene necesidad de ello, es demasiado mujer para ocuparse en otra cosa que no sea su tocado; y yo, señor, soy demasiado artista para ocuparme en otra cosa que no sea el arte. ¿No es esto, señora duquesa?

—El hecho es, mi querido Cellini—dijo Francisco I—, que cada uno de vosotros tiene una bella posición para no envidiar las demás, ni aunque fuera el ducado de Milán. La señora duquesa de Etampes es reina por su hermosura; vos sois rey por vuestro genio.

—¿Rey, señor?

—Sí, rey, y si no tenéis, como yo, tres lises en vuestras armas, lleváis en la mano una que me parece más hermosa que ninguna de las que se haya abierto al más hermoso rayo de sol ó al más bello campo del blasón.

—Ese lirio no es mío, señor, es de la duquesa de Etampes, que se lo había encargado á mi discípulo Ascanio; solo que como él no lo ha podido terminar, comprendiendo el deseo que tenía la señora duquesa de Etampes de poseer una alhaja tan rica, puse manos á la obra y la he acabado, deseando con toda mi alma que este sea el símbolo de la paz que nos hemos jurado el otro día en Fontainebleau, en presencia de vuestra majestad.

—Es una maravilla—dijo el rey, tendiendo la mano para cogerla.

—¿No es verdad, señor—preguntó Benvenuto refiriendo el lirio sin afectación—, que esto merece que la señora duquesa de Etampes pague con magnificencia al joven artista, autor de esta obra maestra?

—Esa es mi intención—dijo ella—, y le reservo tal recompensa, que un rey la envidiaría.

—Pero vos sabéis, señora, que esa recompensa, aun siendo tan preciosa, no es la que él ambiciona. ¿Qué queréis, señora; los artistas somos caprichosos, y con frecuencia, lo que, como decís,

envidia un rey, es mirado por nosotros con ojos desdeñosos!

—Con todo, será preciso—dijo la duquesa de Etampes, con la frente enrojecida por la cólera— que se contente con la que yo le reservo, porque ya os he dicho, Benvenuto, que sólo en un caso extremo le concederé otra.

—¡Bien! Declárame lo que desea—dijo Francisco I á Benvenuto, tendiendo otra vez la mano hacia el hermoso lirio—, y si la cosa no es demasiado difícil, procuraremos arreglarla.

—Mirad la alhaja con atención, señor—dijo Benvenuto, colocando el tallo de la flor en la mano del rey—; examinad todos los detalles y veréis que todas las recompensas están muy por debajo del precio que merece semejante obra maestra.

Diciendo esto, Benvenuto fijó su mirada penetrante en la duquesa; pero ella tenía tanto dominio sobre sí misma, que vió, sin estremecerse, pasar la alhaja de las manos del artista á las del rey.

—Es verdaderamente maravilloso—dijo el rey—. ¿Pero dónde habéis encontrado este magnífico diamante que brilla en el cáliz de esta hermosa flor?

—No soy yo quien lo ha encontrado, señor—respondió Benvenuto, con un tono de bonachonería encantadora—; es la señora duquesa de Etampes quien se lo ha proporcionado á mi discípulo.

—No os he visto nunca este diamante, duquesa—dijo el rey—. ¿De dónde procede?

—Probablemente los diamantes vienen, señor, de las minas de Guzarate ó Golconda.

—¡Oh!—dijo Benvenuto—, es toda una historia la de ese diamante, y si V. M. desea saberla, yo la referiré. Este diamante y yo somos antiguos conocidos, porque es la tercera vez que esta piedra pasa por mis manos. Primero lo monté en la tiara de nuestro santo padre el papa, donde hizo un efecto maravilloso; después, por orden de Clemente VII, lo monté en un misal que Su Santidad ofreció al emperador Carlos V; luego, como el emperador Carlos V deseaba llevar constantemente encima, como recurso, sin duda, en caso extremo, este diamante, que vale más de un millón, lo monté en una sortija, señor. ¿Vuestra majestad no la ha visto en la mano de su primo el emperador?

—¡Sí, ya recuerdo!—exclamó el rey—; sí, el primer día de nuestra entrevista en Fontainebleau lo llevaba en el dedo. ¿Cómo se encuentra ese diamante en poder vuestro, duquesa?

—Sí, decidlo—exclamó Diana, cuyos ojos brillaron de alegría—. ¿Cómo un diamante de este valor ha pasado de las manos del emperador á las vuestras?

—Si os hicieran á vos esa pregunta—replicó la duquesa de Etampes—, fácil os fuera la contestación, señora, suponiendo, no obstante, que vos no confesáis ciertas cosas más que á vuestro confesor.

—No contestáis á la pregunta del rey, señora—respondió Diana de Poitiers.

—Sí—añadió Francisco I—; ¿cómo se encuentra este diamante en vuestras manos?

TOMO II

—Preguntad á Benvenuto—dijo la duquesa, lanzando el último reto á su enemigo—; Benvenuto os lo dirá.

—Habla, pues—dijo el rey—, al instante, que te escucho.

—Pues bien, señor—dijo Benvenuto—; debo confesar á V. M. que la vista de este diamante me inspiró sospechas tan extrañas como á vos. Hubo un tiempo, vos lo sabéis, en que la duquesa de Etampes y yo éramos enemigos; no me disgustaba, pues, saber algún secretillo que pudiese perderla á los ojos de V. M. Me dediqué á averiguar, y al fin supe...

—¿Qué supiste?

Benvenuto dirigió una rápida mirada á la duquesa y vió que se sonreía. Este alarde de resistencia propio de su carácter le excitó, y lejos de terminar bruscamente la lucha de una vez, resolvió prolongarla como hace un atleta seguro de la victoria, pero que, habiendo encontrado un adversario digno de él, quiere que resplandezcan con toda brillantez, su fuerza y su destreza.

—¿Qué supiste?...—repitió el rey.

—Supe que ella de buena fe se lo había comprado al judío Manasés. Sí, señor, sabedlo para vuestro gobierno: parece ser que á su entrada en Francia, vuestro primo el emperador derramó tanta plata en el camino, que se vió en la necesidad de empeñar sus diamantes y que la duquesa de Etampes recogió con una magnificencia verdaderamente regia, lo que la imperial miseria no pudo conservar.

—¡Ah! A fe de caballero, que eso es delicioso...—exclamó Francisco I doblemente halagado en su vanidad de amante y en sus celos de rey—. Pero, hermosa dama, me figuro—añadió dirigiéndose á la duquesa—, que habéis debido arruinaros para realizar tal compra y verdaderamente á Nos corresponde reparar el desorden producido en vuestra hacienda. Recordad que somos vuestro deudor por el precio de ese diamante, que es ciertamente tan hermoso que yo tengo para mí que de no ser digno de la mano de un emperador, lo es, por lo menos, de la de un rey.

—Gracias, Benvenuto—dijo á media voz la duquesa—. Ya empiezo á creer, como vos pretendéis, que fuimos creados para entendernos.

—¿Qué dices?—interrogó el rey.

—Nada, señor; me excuso ante la duquesa de mi primera sospecha, que ella me perdona de buen grado, lo cual revela tanta mayor generosidad por su parte cuanto que al lado de aquella primera sospecha, esa flor había hecho nacer otra.

—¿Cuál?—preguntó Francisco I, mientras Diana, á quien su odio había impedido ser engañada por esta comedia, devoraba con la mirada á su triunfante rival.

La duquesa de Etampes vió que todavía no había terminado con su infatigable enemigo y una ligera nube de temor cruzó por su frente; pero, digámoslo en alabanza suya, para desaparecer apenas formada. Además aprovechó la pre-